

29 Octubre 1962

ACTOR

por

Joaquín CALVO-SOTELO

De la Real Academia Española

ME ha venido a ver un muchacho barbilampíño, casi adolescente, vestido con sencillez, a la manera universitaria, como escapado de una de las aulas de Derecho, de Filosofía o de Medicina. Me ha dado su nombre.

—Mi padre es abogado—me ha dicho—. Yo quiero ser actor y necesito su consejo. ¿Qué le parece?

Lo he mirado despaciadamente, con atención, casi con ternura, y me he imaginado—él me lo va a corroborar en seguida—la oposición de su familia, la hostilidad a sus designios, a su impulso.

—Sí, en efecto—me responde—; mi padre dice que me echará de casa si piso un escenario.

—Y usted, ¿qué piensa? ¿Qué siente? ¿Se considera con vocación, con verdadera vocación?

—Sí—me afirma sencillamente, seguro de sí mismo.

—Bien; entonces no haga usted caso a nadie. Pruébese, estudie, conságrese a su oficio y sea actor. ¿Qué sería, si no

—Abogado.

—Hay millares de abogados inútiles a la busca de clientes que no llegan, de pleitos que no se

les ofrecen, de empleos que no se quedan vacantes. Sálvese de esa aflictiva rueda, sea actor. Si vale, no existe hoy una profesión más bella, más digna de ser amada que ésta, y cuyo techo, esto es, cuyas posibilidades sean más anchas, más risueñas y brillantes. Yo comprendo la actitud de sus padres. Ellos temen la degradación social que el medio ambiente impone a quienes se apuntan en el rol de esa terrestre marinería. Saben que quienes se afilian en tales censos son con frecuencia mirados con provinciano desdén por el Gotha, no ya de la sangre, sino de la burocracia y aun del comercio y la industria. Piensan, con una mentalidad dolorosamente generalizada, que el actor es un bohemio, situado al margen de las convenciones imperantes, sustraído a sus respetos, yendo y viniendo de la trampa a la miseria y de la miseria a la trampa, extraño a los sacramentos y en perpetua mancebia con sus compañeros de farsa y trashumancia. Sospecho que los otros abogados y los vecinos del segundo, y del cuarto, y del quinto se harán cruces ante decisión semejante y la comentarán con ironía, y la atribuirán a la inclinación a la vagancia, al immoderado afán de aventuras de quien la toma. No se puede negar que hay mucho de eso en la profesión de actor, acaso más que en ninguna otra, y que antaño hubo tanto que farándula y bohemia fueron casi palabras sinónimas. Pero de unos años a esta parte, el cine, la televisión, han abierto al actor unos horizontes insospechados, y el mismo teatro, dignificado, rehecho, brinda a quienes lo amen decoro y holgura. Pero no se trata de comparar el porvenir económico de un galán joven y de un secretario de Ayuntamiento, de un genérico y de un oficial de notaría, de un caricato y de un criminalista. No. Se trata de responsabilizar a quien se declara enamorado del teatro para que mida bien la profundidad y la intensidad de su amor, porque, eso sí, buen loco será el que se aproxime a su cercado si esa noble pasión no le irán perdurablemente. Tal autoinspección es imprescindible para evitarse decepciones y amarguras que en ninguna carrera faltan y que en ésta se producen, como en todas; pero si el amor al teatro existe, pobre del que deje pasar su multicolor caravana sin incorporarse a ella. Hay actores buenos y malos, como hay dentistas, y arquitectos, y farmacéuticos de diverso tonelaje, unos excelentes,

otros pésimos, y nadie augurará al actor mediocre un porvenir profesional satisfactorio. No. Para ése serán las compañías pueblerinas, los papeles esqueléticos, las largas esperas, el mendigar a la puerta de los representantes, el lampar por los cafés humildes, el peregrinaje, la tristeza y la pobreza de consumo; pero el que lleve su estrella, su invisible estrella en la frente, ése bien puede estar persuadido de que sigue uno de los más anchos y soleados caminos que la baraja de la vida ofrece al joven de hoy. Oro y fama se le brindarán a su paso y las más bellas sonrisas del mundo corresponderán a la suya. Quedan ya pocos príncipes sobre la faz de la tierra, pero esa innata tendencia del hombre a aclamar y divinizar a sus semejantes se proyecta sobre los actores como antaño sobre las personas reales y los envuelve en un despliegue de halagos y seducciones. Ciertamente que al triunfo llegan pocos, pero la proporción de éxitos o de fracasos no altera las constantes de otras ramas. Conozco virtualmente a los principales actores de España y a un número sustancioso de actores extranjeros. Las experiencias vitales por las que les ha hecho pasar su trabajo son, desde luego, más apasionantes y atractivas que las de la mayoría de los mortales. Los dividendos activos—popularidad, bienestar, alegría—que les ha proporcionado rebasan mucho las

marcas ordinarias. Todo consiste—Hamlet a la vista—en ser o no ser. Aquí la disyuntiva es tremenda. Si no se es, mal asunto. No cabe peor inversión del tiempo ni senda abocada a mayor sacrificio y esterilidad. Pero si se es, si se está en condiciones de poder ser, por facultades, por gallardía física, por valores expresivos, por tener, en suma, ese tesoro impagable que se llama personalidad, entonces malpocado quien renuncie a esa empresa por temor a lo que digan los amigos de papá y aun, si se me apura, el mismo papá. En las capas sociales ínfimas se formaban antes, salvo excepciones, los cuadros de actores y actrices. Hoy la Universidad empuja a esos cotos muchos de los que, sin saber exactamente lo que quieren, se han asomados, indecisos, a las lindes de Licurgo, o de Hipócrates, o de Pitágoras. Es el fermento universitario, el aliento de los universitarios lo que está transformando la profesión de actor. La incontenible fuerza fecundadora de la clase media, la que la redime de sus pobreterías, de sus bastardades, de su mal gusto. Créame, amigo—he concluido diciendo a mi visitante—, vaya al teatro con un espíritu de sacerdocio y de milicia. Resuelto a entregarse con fervor. Si usted tiene talento verá muy pronto cuánto recibe a cambio, y no tardará mucho, una tarde cualquiera, en volver a darme las gracias por mi consejo.